

**Fernando Tomás Pérez González**

## **CARTA BLANCA SOBRE UNA NEGRA LEYENDA**

Separata de “REVISTA DE EXTREMADURA” Num 12 \* Segunda Época \* Septiembre –Diciembre 1993

Sr. Director de la REVISTA DE EXTREMADURA:

Adjunto envío el texto de mi artículo sobre el Correo, aparecido hace meses en la prensa local. Conoció, como todos los escritos de este género, la gloria de un día. No por ello dejó de suscitar una cierta polémica y un interés inesperado, particularmente entre los miembros del actual “Organismo Autónomo de Correos y Telégrafos”. La negra honrilla de alguno de ellos le indujo a convencerme para que volviese a darlo a la estampa, y he pensado que ningún lugar más adecuado para ello que la revista de su digna dirección. Carta blanca, por tanto, para publicarlo, si cree que pueda ser del interés de sus lectores.

“En este país lo único que funciona es Correos”. ¿Cuántas veces se habrá pronunciado esta frase durante el período incierto en el que la modernidad y el progreso no osaron siquiera rozar la correosa piel de España? Los trenes no llegaban a sus horas, la cochambre ribeteaba la vida nacional. Pero nosotros hacíamos virtud de la necesidad: ¡que inventen ellos!

No obstante, siempre quedaron dos o tres mitos con los que consolar el maltrecho orgullo nacional: el autogiro de La Cierva, el submarino de Peral y ... el servicio de Correos. Hasta Valle Inclán se admiraba de este milagro civil y patriótico. Aquel “eximio escritor y extravagante ciudadano” no paraba de elogiar al Cuerpo de Correos: “Pero qué inteligentes que son estos carteros –exclamaba-, le he enviado una carta a un amigo que vive en la calle Echegaray poniendo en el sobre “Calle del viejo idiota” y le ha llegado”. Algún funcionario ilustrado conocía, sin duda, la proverbial animadversión que Valle Inclán sentía por Echegaray. Y no era éste el único caso de inteligencia postal que se contaba. Yo he escuchado la narración de algunos otros ejemplares servicios en casa de mi abuelo, competentísimo jefe de Correos, que se enorgullecía de pertenecer al Cuerpo. Era él, por cierto, uno de aquellos funcionarios honestos forjados durante los dos o tres impulsos regeneracionistas que este país conoció entre el último tercio del siglo XIX y el primero del XX.

El retorno de la democracia pareció anunciar el renacer de aquel espíritu (el de la Institución Libre de Enseñanza, de Giner, Besteiro y tantos otros “santos laicos”). Pero la ilusión duró un instante. Hoy la idea de servicio público no disfruta de buena prensa. Muchos son los que a voz en grito proclaman que ha llegado la hora de las privatizaciones, identificando las formas más extremas del capitalismo competitivo con los paradigmas de la eficacia y la modernidad.

En el campo de las comunicaciones y al reclamo de esta equívoca mitología, han proliferado en los últimos tiempos multitud de empresas privadas, en muchas de las cuales la verdadera eficacia venía a ser sustituida por un cuidado envoltorio publicitario: anagramas brillantes y secretarías de diseño que ocultaban un empleo precario y mal cualificado, frivolidad e improvisación. A su lado la empresa pública, desprestigiada en ocasiones por la propia Administración, falta de incentivos y recursos, comenzaba a verse como un producto caduco, aquejado por la “ineluctable obsolescencia”. Las viejas estafetas de Correos,

grises y abandonadas a su propia decadencia, nada tenían que hacer ante las rutilantes oficinas de las mensajerías privadas. El anuncio televisivo con que alguna de ellas se publicitaba ha jugado a destacar ese contraste, contribuyendo malévolamente a confundir la imagen externa con la calidad del servicio.

Ha ocurrido, sin embargo, que estas empresas de mensajería han crecido, su volumen de facturación se ha multiplicado (gracias, entre otras cosas, al desprestigio de los servicios públicos, sabiamente administrado a veces por algunos de los que debían velar por ellos), las plantillas han comenzado a estabilizarse y han ido surgiendo las justas y necesarias reivindicaciones laborales que buscaban terminar con el estajanovismo – no sé si destajismo- con el que comenzaron a trabajar los primeros repartidores. El resultado ha sido que los paquetes han empezado a llegar tarde, mal y nunca.

Permítaseme un ejemplo ilustrativo. Al llegar a casa esta tarde me he encontrado dos avisos, uno de ellos expedido por una de estas empresas de mensajería, otro por Correos. El remitente del envío postal es un pequeño empresario (un librero de Madrid); en cambio, quien utiliza los servicios de la empresa privada es, paradójicamente, una institución oficial (son ya varios los ramos de la Administración que, inexplicablemente, confían sus envíos a diversas empresas privadas de mensajería). El resultado ha sido que, gracias a un probo funcionario de Correos puedo ponerme ahora mismo a leer el delicioso libro que me han enviado contra reembolso; mientras que la perentoria y sin duda, apremiante y desagradable carta que me envía la Administración –y que le ha costado la bonita cifra de 889 ptas.- tendrá que esperar al reparto del lunes, porque hoy la empresa privada de mensajería no trabaja. Mañana pondré estas cuartillas en un buzón y, si el director tiene a bien publicarlas, usted podrá leerlas antes de que yo sepa el contenido de mi urgente y desagradable carta. Afortunadamente en este país lo único que funciona es Correos.

FERNANDO TOMÁS PÉREZ GONZÁLEZ